



Revista de Estudios Sociales | Facultad de Ciencias Sociales | Fundación Social

Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Fazio, Hugo

Globalización y guerra: una compleja relación

Revista de Estudios Sociales, núm. 16, octubre, 2003, pp. 42 - 56

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81501605>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

GLOBALIZACIÓN Y GUERRA: UNA COMPLEJA RELACIÓN

Hugo Fazio Vengoa*

Resumen

El artículo plantea el papel de la globalización en la configuración de las nuevas modalidades de conflicto en las que se desdibujan las fronteras entre lo que se conoce por guerra, crimen organizado y violaciones a los derechos humanos. Se explican conceptos como los de sociedad global, perfil globalizante y globalización intensa y se los utiliza para desentrañar las nuevas dinámicas de la globalización. Se estima que las guerras, sin dejar de ser eminentemente locales, pueden ampliar sus secuelas y retroalimentaciones bajo la globalización. Se propone, como fundamento explicativo de la misma, el concepto de *resonancia*, circunstancia originaria de la naciente sociedad global y clave analítica para desentrañar los tejidos, las oleadas y las redes que nutren, a la vez que sirven de escenario, a los nuevos conflictos.

Palabras clave:

Terrorismo, globalización intensa, guerra, guerra global, resonancia.

Abstract

The article presents the role of the globalization in the configuration of new modalities of conflict in which the borders among what is known as war, organized crime and violations to the human rights are not clear. Concepts like global society, global profile and intense globalization are explained and they are used to understand the new dynamics of the globalization. It is estimated that wars, without stop being eminently local, can expand their consequences under the globalization. It is proposed, as an explanatory principle, the concept of resonance, native circumstance of the rising global society and analytic key and to understand the waves and the networks that nurture, at the same time that serve as setting, to the new conflicts.

Key words:

Terrorism, intense globalization, war, global war, resonance.

Con ocasión de los prolongados conflictos yugoslavos y de los sucesos del 11 de septiembre del 2001, un importante grupo de analistas internacionales comenzó a interesarse por las variadas formas que asumen las guerras en condiciones de intensa globalización. Con el

ánimo de aprehender las particularidades de este tipo de fenómenos en el mundo de posguerra fría, la mayor parte de estos analistas ha emprendido un ejercicio comparativo con formas anteriores de guerra, y de las disimilitudes que registran las guerras actuales con respecto a las pasadas infieren los puntos de convergencia que se presentan entre estas modalidades de conflicto y la globalización.

A partir de tal perspectiva argumentativa, estos estudiosos subrayan que desde la aparición del Estado moderno en Europa hasta finales del siglo XX, las guerras desempeñaron un papel central en la vida de las naciones. Reiteradamente se remiten a la monumental obra de Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, para demostrar que hasta bien entrado el siglo XX más de la mitad de los recursos del Estado se destinaban a las funciones militares,¹ siendo el desempeño militar uno de los principales estímulos para aumentar las finanzas del Estado y desarrollar el espacio nacional. En este importante papel que le correspondió al poder militar, influyeron distintos elementos, tales como las ambiciones de los gobernantes, consideraciones de índole interna así como también la dinámica misma que asumió el sistema internacional, pues "los Estados individuales, para garantizar su propia seguridad, debían prepararse para la guerra, un proceso que bastaba para generar inseguridad en los demás Estados y los llevaba a responder con la misma moneda. En pocas palabras, los Estados se armaban y se militarizaban en parte para aumentar su propia seguridad y, al hacerlo, aumentaban la inseguridad de los otros Estados, que a su vez recurrían al armamentismo. De ese modo, todos los Estados se hallaban en condiciones de menor seguridad."²

Durante este proceso de consolidación y fortalecimiento de los Estados, se asistió a varias modalidades de guerras: las primeras, predominantes en los siglos XVII y XVIII eran espacialmente limitadas, aunque a veces de muy larga duración, y respondían a la necesidad de asentar el poder por parte de los Estados absolutistas; después se presentó una nueva etapa que abarcó casi todo el siglo XIX, la cual se caracterizó porque las guerras asumieron un formato nacional y revolucionario y se centraban en lo fundamental en torno a la problemática de la creación de los Estados-

* Profesor Titular del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

1 Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza Universidad, 1997, Tomo 2, págs. 525-578.
2 David Held, *Democracia y orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Barcelona, Paidós, 1997, págs. 77-78.

naciones; a continuación, se ingresó a una época de las guerras totales de principios del siglo XX (primera y segunda guerra mundial), con un alto contenido ideológico, nacionalista y político y, por último, el mundo tuvo que enfrentar la “imaginaria” guerra fría, basada en la disuisión nuclear, cristalizada en torno a ciertos referentes políticos e ideológicos que le daban sustento y coherencia. Todos estos tipos de guerra,³ aun cuando obedecieran a modalidades bélicas diferentes, dado que eran singulares en cuanto a sus objetivos, disímiles en los tipos de ejércitos que empleaban, en la técnica militar y en la economía de guerra, compartían ciertos rasgos comunes: eran formas de violencia organizada por Estados o por grupos políticos concebidos por motivos políticos; quienes recurrián a la guerra se proponían ejercer un control sobre ciertos espacios territoriales, establecían una distinción más o menos espontánea entre lo interno y lo externo, lo público y lo privado; reproducían una aproximadamente clara diferenciación entre la guerra, por un lado, y los otros tipos de conflicto y violencia, por el otro; el Estado actuaba como agente “organizador” de la guerra, los ejércitos, aun cuando fuesen guerras civiles, se ordenaban jerárquicamente y la economía de guerra se estructuraba desde un punto de vista estatal y “nacional”.

A diferencia de ello, las ampliamente documentadas guerras en la antigua Yugoslavia,⁴ a las que se suman los conflictos en Timor Oriental, Somalia, Burundi, Rwanda y Afganistán, habrían comenzado a demostrar que en el mundo de posguerra fría, la noción misma de guerra habría sufrido una profunda transformación. Desde la década de los años noventa del siglo XX, se estaría asistiendo a una “nueva” modalidad de conflicto, la cual no constituiría una etapa más reciente en la ya de por sí larga evolución de las guerras modernas. En su esencia, estas nuevas formas de conflicto responden a lógicas y desarrollan unas dinámicas tan distintas de las anteriores que Mary Kaldor las define como “nuevas guerras”.

Como señala Kaldor, numerosos son los elementos que particularizan estos nuevos tipos de conflicto: se desdibujan las fronteras que antes eran más o menos evidentes entre la guerra en sentido convencional, el crimen organizado y las violaciones a gran escala de los

derechos humanos; muchas de ellas surgen en un contexto de erosión de la autonomía del Estado o de desintegración del mismo; en su *modus operandi* realizan una extraña simbiosis entre, de una parte, elementos de la guerra de guerrillas, dado que eluden las grandes concentraciones de fuerza militar y los enfrentamientos entre ejércitos, y las acciones de contra insurgencia (v. gr. limpieza étnica), de la otra; la mayor parte de la violencia se dirige contra la población civil (si a inicios del siglo XX la relación de bajas entre militares y civiles era de 8:1, hoy en día es de 1:8); emplean técnicas de desestabilización dirigidas a sembrar el miedo y el odio entre la población civil; en cuanto a sus contingentes, distantes se encuentran de la época en que predominaban los ejércitos jerarquizados porque están conformadas por unidades descentralizadas y privatizadas (los señores de la guerra), así como por grupos paramilitares, caudillos locales, bandas criminales, elementos de la policía, grupos mercenarios y ciertos elementos de los ejércitos regulares y, por último, organizan una economía de la guerra en torno al mercado negro, la captación de recursos y apoyos externos, el saqueo, y las exacciones. “Todas estas fuentes sólo pueden mantenerse a través de la violencia permanente, de modo que la lógica de la guerra se incorpora a la marcha de la economía.”⁵

Si los conflictos yugoslavos contribuyeron a la definición de nuevas modalidades de guerra, el ataque terrorista del 11 de septiembre del 2001 amplió el diapasón argumentativo de estos analistas, dado que este cruel ataque sería la más clara demostración de que el mundo se encuentra igualmente frente a un nuevo tipo de amenaza: el terrorismo global. Este puede interpretarse como “aquel que, en un mundo globalizado, emplea todos los recursos disponibles: desde el recurso a fanáticos de una religión extendida en gran parte del planeta, hasta la explotación de un profundo sentimiento de humillación de toda una cultura, pasando por la organización en red o el uso de todas las capacidades para incrementar la eficacia del terror, sacando provecho de las nuevas tecnologías.”⁶ Entre las principales particularidades de este terrorismo se destaca el hecho de ser global, se encuentra sustancialmente privatizado, no atiende a limitaciones y se ha extendido por todo el orbe. Esta difusión a escala planetaria no sólo obedecería a la incidencia que el

3 Véase Mary Kaldor, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001, introducción y capítulo primero.

4 Véase un interesante análisis de las nuevas guerras en Yugoslavia y en otros lugares del mundo, en Michel Ignatieff, *El honor del guerrero*, Barcelona, Tusquets, 1998.

5 Mary Kaldor, 2001, op. cit, pág. 24.

6 Narcís Serra i Serra, “La militarización de la política exterior de Bush”, en *El País*, 7 de abril del 2003.

proceso de globalización ha tenido sobre dicho fenómeno, aunque los avances tecnológicos aplicados a los flujos de información, las comunicaciones, el transporte y el movimiento de capitales lo hayan propiciado. Detrás hay también un plan deliberado. Osama Bin Laden lo declaró enfáticamente en agosto de 1996: "La orden de matar a los americanos y sus aliados, civiles y militares, es una obligación individual para todo musulmán, que puede hacerlo en cualquier país donde sea posible."⁷

Según Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, este terrorismo es global, en cuanto a su organización, pero también en lo que se refiere a su alcance y objetivos. Carece de reivindicaciones precisas y no demanda ni la independencia de un territorio, ni exige concesiones políticas concretas, ni anhela la instauración de un tipo particular de régimen. "Esta nueva forma de terror se manifiesta como una especie de castigo o de punición contra un comportamiento general, sin mayor precisión, de los Estados Unidos y más ampliamente de los países occidentales."⁸ Este terrorismo sería un fenómeno de nuevo cuño porque se basa en la acción de redes transnacionales que actúan como organizaciones no gubernamentales, de manera descentralizada, y sin territorio. "Se dice que los Estados son imprescindibles para la estructuración de redes terroristas transnacionales. Pero quizás es precisamente la ausencia de Estados, la inexistencia de estructuras en funcionamiento el caldo de cultivo para las actividades terroristas."⁹

El internacionalista Joseph Nye ofrece una atractiva explicación de este fenómeno. Sostiene que este terrorismo global es mucho más mortal y difícil de controlar que las experiencias terroristas de viejo cuño. Es decir, reconoce que si bien el terrorismo ha sido una práctica que hunde sus raíces en lo más profundo de la historia, el actual comportaría un conjunto de novedades que lo convierten en una experiencia sin parangón con respecto a las experiencias pasadas. Joseph Nye distingue dos tipos de tendencias que han incidido en este cambio de naturaleza del fenómeno terrorista. El primero gravita en torno a la economía y a la tecnología. "Las fuerzas del mercado y la apertura se combinan para aumentar la eficacia de muchos

sistemas más vitales, como el transporte, la información y la energía, pero también los hace más vulnerables. La democratización de la tecnología hace posible que los instrumentos de destrucción masiva sean más pequeños y más baratos y que se pueda acceder a ellos más fácilmente." Los grandes desarrollos tecnológicos y el empequeñecimiento han desempeñado un papel de primer orden en la medida en que mientras antes las bombas y los temporizadores eran pesados y caros, en la actualidad los explosivos plásticos y los temporizadores digitales son ligeros y baratos. Seguramente, el arma de destrucción masiva que más probablemente pueden utilizar estos grupos no será el armamento nuclear, sino las armas biológicas, la llamada "bomba nuclear de los pobres," que tienen un bajo costo y son fáciles de construir gracias a los importantes avances registrados por la ingeniería genética. Pero también los terroristas se han beneficiado de los grandes avances que ha registrado la tecnología de la información y de las comunicaciones, pues estos adelantos les han proporcionado medios de comunicación y de organización muy baratos, lo que permite que unos grupos que antes sólo podían operar en jurisdicciones policiales y nacionales alcancen una cobertura internacional. El analista norteamericano recuerda que hace treinta años, la comunicación mundial instantánea estaba restringida básicamente a las grandes entidades que disponían de gruesos presupuestos. Pero, con el desarrollo de internet se ha vuelto prácticamente instantánea, además de gratuita. De acuerdo con Nye, el otro tipo de tendencias se refiere a los cambios en la motivación y en la estructura de los grupos terroristas. A diferencia de los grupos que desplegaron sus actividades durante gran parte del siglo XX, aquellos solían tener unos objetivos políticos relativamente bien definidos, entre los cuales no tenía cabida la destrucción masiva pues socavaba el necesario apoyo social. En ocasiones, esos grupos recibían apoyo de los gobiernos y éstos, encubiertamente, los controlaban. "Pero ahora cambió la forma misma en que operan las organizaciones terroristas. La red Al Qaeda compuesta por decenas de miles de personas, vagamente afiliadas en células en unos 60 países, le proporciona una escala que sobrepasa lo visto hasta la fecha. Las nuevas tecnologías han puesto en manos de grupos e individuos descarrierados poderes destructivos que antiguamente estaban limitados a los gobiernos. Si extrapolamos estas tendencias y suponemos que algún grupo descarrierado logra acceder a materiales biológicos o nucleares, es posible imaginar a terroristas asesinando a millones de personas. Para matar a tanta gente, unos descentrados como Hitler y Stalin

7 Fernando Reinares, "Objetivo: el mundo entero", en *El País*, 1 de junio del 2003.

8 Ignacio Ramonet, "Le nouveau visage du monde", en *Le Monde diplomatique*, París, diciembre del 2001.

9 Ulrich Beck, "El silencio de las palabras", en *El País*, 16 de diciembre del 2001.

necesitaron gobiernos totalitarios. Pero ahora es fácil imaginarse a grupos y/o individuos alineados matando a millones sin apoyo del Estado. Precisamente esta privatización de la guerra ha modificado radicalmente la política mundial.”¹⁰

A la pregunta ¿en qué estriba la especificidad de estas nuevas modalidades de conflicto?, la respuesta de todos estos analistas se resume en una palabra: globalización. Son conflictos que tienen lugar en un contexto en el cual se han intensificado las tendencias globalizantes y se desenvuelven a través de los circuitos y oportunidades que crea la misma globalización. Al respecto, el politólogo Benjamín Barber hace un tiempo sostenía que los terroristas tienen una mejor percepción de la naturaleza de este proceso que los gobernantes de Estados Unidos. “Entienden que forman parte de una infraestructura internacional que ninguna nación –por muy poderosa que sea– puede controlar por sí sola. Saben que no corren riesgo sólo porque los Estados ‘anfitriones’ que están utilizando sean atacados y destruidos; porque el terrorismo incluye organismos mutables, móviles y flexibles que no tienen una patria concreta. Pueden establecerse en y entre amigos (en Pakistán, Egipto o Alemania o Florida). Si las erradicadas de Afganistán, reaparecerán en Indonesia o en Sudán o en Filipinas, o pasarán desapercibidos, fundiéndose entre la gente de su misma etnia (como los talibanes supervivientes en Afganistán) o explotando el multiculturalismo de sus adversarios (como es posible que estén haciendo inmigrantes o trabajadores extranjeros en Marsella o en Nueva York). La interdependencia significa que el terrorismo no puede ser decapitado: porque es un sistema cuyas conexiones son más críticas que sus células constituyentes.”¹¹

Las derivaciones que se desprenden de la retroalimentación entre estas modalidades de conflicto y el complejo ambiente en el cual se desenvuelven las sociedades modernas tienen una gran relevancia porque sugieren importantes indicios que ayudan a entender mejor la cambiante naturaleza de los conflictos en el mundo de hoy y, cómo éstos constituyen un espejo en el cual se refractan las sociedades y los regímenes políticos, los ordenamientos jurídicos, los universos culturales y la misma vida cotidiana de las personas, proveen de importantes indicaciones de la transformación que está experimentando el mundo en la

actualidad. Así, por ejemplo, cuando se sostiene que estos conflictos se están convirtiendo en guerras globales, se está transmutando el estatuto normativo y la clave interpretativa de la misma sociedad global. A partir de este presupuesto se puede colegir que una diferencia fundamental con respecto a las viejas guerras radica en que las anteriores se desenvolvían en un ambiente externo, eran posibles de obviar, se podía participar o mantenerse al margen, se podían, incluso, aislar. Una guerra global es una totalidad incluyente porque todo individuo se encuentra geográfica o espacialmente inmerso en el conflicto, dado que ésta carece de confines e incluso participa en su proyección temporal porque una guerra global se renueva en el tiempo. No es casualidad que con esta mutación de la guerra, se altere también el pensamiento de la misma. Si antes se argumentaba en torno a la guerra justa, ahora se habla de guerra preventiva.¹²

Segundo, descifrar su naturaleza se convierte en un asunto muy importante porque estas nuevas guerras mantienen como una de sus principales constantes el hecho de encontrarse compenetradas con las distintas dinámicas de la globalización. Sin duda que uno de los rasgos básicos de estos nuevos conflictos consiste en que potencian al máximo una dimensión privada, tanto en lo que respecta a la iniciativa, la organización, así como a la ejecución misma de las guerras. En buena parte, esta dimensión privada de las guerras no es otra cosa que la penetración de la lógica del mercado en el desarrollo de los actuales conflictos. Esta característica constituye, en efecto, uno de los puentes más sólidos que existe entre las guerras y la globalización.

Pero cabría entonces formular otra pregunta más específica, ¿si estas nuevas guerras al igual que el terrorismo global se alimentan de la globalización, utilizan muchos de sus intersticios y generan consecuencias más allá de sus confines inmediatos, puede sostenerse que se estaría asistiendo a una modalidad globalizada de conflictos?

No es posible responder este interrogante sin antes abordar someramente qué se entiende por globalización y cómo este fenómeno ha variado en los últimos años. En aras de la brevedad, conviene recordar que el mundo atraviesa en los inicios de este nuevo milenio una compleja coyuntura histórica. Esta es una coyuntura en la que se entremezclan indistintamente viejas y nuevas prácticas de acción, todas las cuales, a su modo, intervienen en la

10 Joseph S. Nye, “La privatización de la guerra”, en *El País*, 29 de enero del 2003.

11 Benjamín Barber, “Lo que EE.UU. ha aprendido y lo que no”, en *El País*, 7 de septiembre del 2002.

12 Raniero La Valle, “Un nuovo pacifismo”, en *La Rivista del Manifesto*, No. 29, junio del 2002.

determinación de la política mundial. Si en nuestro presente más inmediato el pasado todavía se proyecta como una poderosa fuerza actuante, se debe, igualmente, reconocer que el mundo transita en la actualidad por una fase particular, la cual se caracteriza por una desmedida sobrecarga del presente. Esta preeminencia del presente o de la urgencia viene dictada por el impacto de los modernos medios de comunicación que enlazan y sincronizan de modo fluido a las distintas sociedades en un permanente presente y en ello interviene también el impacto multiplicador que han tenido algunos procesos y magnos acontecimientos –v. gr. el fin de la Guerra Fría, la caída del muro de Berlín, la crisis financiera asiática de 1997, el 11 de septiembre del 2001, la intervención en Iraq, etc.- eventos que también están alterando los cimientos mismos sobre los cuales se asientan las sociedades contemporáneas.

Si bien todo análisis coyuntural comporta riesgos y dificultades en el esclarecimiento de su proyección, el elemento nodal que le da sustento a este período podemos localizarlo en la intensificación de la globalización. En efecto, uno de los fenómenos más característicos de nuestro presente ha consistido en la acentuación, en términos de volumen, velocidad y compenetración de las tendencias globalizantes en la economía, en la cultura, en el ámbito social y en la política. Si bien la globalización constituye un proceso único, sus manifestaciones, ritmos e intensidades son dispares en las distintas instancias de la vida social. Sin embargo, si observamos el desarrollo tendencial de estas disímiles expresiones, podemos constatar que, a raíz del impulso de diferentes factores y agentes, desde finales de la década de los años sesenta, la globalización económica alcanzó comparativamente mayores niveles de compenetración, para lo cual se benefició del impacto que tuvo el ciclo de hegemonía neoliberal, el incentivo que recibió de los procesos de desregulación y liberalización comercial y financiera y del impulso que obtuvo de las políticas de reconversión económica que tuvieron lugar de manera más o menos sincronizada entre los países en desarrollo, las antiguas economías socialistas y las naciones industrializadas. Esta globalización económica tomó cuerpo a través de la activación de un conjunto de mecanismos que superaban las anteriores fronteras, liberaron la economía del zócalo social y político en que antes se encontraba inscrito e hicieron posible el surgimiento de una economía con ribetes globales que subsumía los espacios económicos nacionales. Con posterioridad a la crisis asiática de 1997, esta triunfante interpretación economicista de la globalización comenzó a ser duramente

cuestionada. En ello intervinieron dos tipos de elementos. De una parte, se comprendió que así como jalona el crecimiento, también amplifica las crisis. De la otra, en vastas regiones del planeta la globalización no promocionó ni un *take off* ni se tradujo en bienestar ni en un mejoramiento de la calidad de vida de las personas. No fue casualidad que a finales de la década, la lectura economicista de la globalización empezara a ser sustituida por visiones que promocionaban otras más compactas. Difícil es por el momento saber a ciencia cierta si durante las décadas pasadas la calidad de las demás transformaciones globalizantes fue en efecto mucho menor o si simplemente fue más opaca. Quizás, el menor cuidado que se le prestó a las formas no económicas de la globalización se debió a la alta notoriedad que alcanzó esta última. Como ésta se apoyaba en la existencia de un conjunto de indicadores, los cuales ilustraban y permitían medir los niveles de compenetración, se asumió que todas las demás formas globalizantes debían comportar características similares o que debían explicarse como una simple irradiación y reflejo de lo que ocurría a nivel económico. Ello explica sin duda por qué, durante gran parte de este período, la globalización cultural, por ejemplo, fue entendida básicamente a través del inusitado desarrollo de las industrias culturales, circunstancia inducida por la intensidad de la compenetración económica a nivel mundial y por el carácter mercantil de los distintos ambientes sociales. Al constatarlo se infirió la idea de que, como efecto de estas industrias culturales y del ocio, el mundo estaba ingresando en un inédito proceso de compactación y homogenización. Pero, a partir de la segunda mitad de la década de los años noventa, fue cuando se empezó a tomar conciencia de que la globalización cultural en realidad creaba una explosiva mezcla que conjugaba indistintamente homogeneidad con diferencia y que estimulaba formas particulares de reappropriarse de lo local por lo global y viceversa.¹³ En el plano social, la globalización fue entendida en los inicios de este período también como el producto de transformaciones a que estaba dando lugar el tránsito de los anteriores esquemas fordistas a otros de acumulación flexible, proceso que implicaba, además de la alteración de los anteriores rígidos patrones de relaciones laborales, la emergencia de un nuevo esquema de división social: los insertos en la globalización y los excluidos de ella. Sólo de

13 John Tomlinson, *Globalización and culture*, Cambridge, Polity Press, 1999.

modo reciente, hacia finales de la década de los noventa, se comenzó a popularizar la idea de que la globalización social también comportaba particularidades propias, que se realizan de una manera diferente de lo que acontece en los otros ámbitos, como por ejemplo, cuando se entrevé la emergencia de una naciente sociedad civil global o de una opinión pública con ribetes también globales. Es decir, al igual que ocurriera con los análisis culturales, lo social en un comienzo fue entendido sólo como resultado de las transformaciones que se estaban presentando a nivel económico. Hoy por hoy, predomina una visión distinta en la medida en que se ha comprendido que en este campo también tienen lugar manifestaciones globalizantes particulares, las cuales, del mismo modo que en la cultura, entran a renegociar con lo económico la representación misma de la globalización.

Por último, en el plano político, desde tiempo atrás existían débiles manifestaciones globalizantes, como fueron, en efecto, la misma Guerra Fría, que se convirtió en una particular forma de globalización de la política o la universalidad de ciertos principios enarbujados por la ONU como, por ejemplo, los derechos humanos. Sin embargo, la globalización política también fue entendida como un reflejo de las transformaciones que estaban sacudiendo el edificio económico de las sociedades. La expansión del liberalizado mercado al destruir el anterior equilibrio existente entre el Estado y el mercado, a favor de este último, estaba creando un escenario en el cual el primero empezaba a quedar privado parcialmente de herramientas y facultades para intervenir en los asuntos económicos, sociales e incluso, a veces, políticos. No fue casualidad que como lo político se entendía simplemente como reflejo de lo económico, no faltaran autorizadas voces que argumentaban que la globalización simplemente no podía ser un asunto político.

Este tipo de argumentaciones, bastante usuales, sobre todo en los análisis politológicos, por lo general, se dejaba llevar por una visión un tanto mecanicista y simplista de la globalización y se ha convertido en una demostración de que en el seno de las ciencias sociales se tardó mucho en comprender la globalización como un fenómeno polivalente, causado y causante, que exhibe una gran capacidad transformadora, que trasciende con creces sus manifestaciones económicas o mundiales, pues altera, al mismo tiempo, lo global y lo local, lo general y lo particular y los cimientos así como las manifestaciones más superestructurales de las sociedades modernas, sean estas desarrolladas o en desarrollo o, para decirlo en otros términos, globalizadas o en vías de globalización.

Pero con el ánimo de juzgar de modo más ecuánime estas interpretaciones iniciales, se podría argumentar que quizás este tipo de lecturas conserva su validez cuando se quiere arrojar luces sobre las particularidades de la globalización en los inicios de esta coyuntura histórica, finales de los sesenta hasta la década de los ochenta, pero resulta ser completamente insuficientes cuando se aborda la fase actual, que es la nuestra. Puede sostenerse que en nuestro presente inmediato más bien se está ingresando en un ciclo en que se ha relentificado la globalización económica, factor inducido por los altos niveles de compenetración que ya ha alcanzado, por el debilitamiento de los referentes universalistas popularizados durante los ciclos anteriores y porque se ha tomado conciencia de que se han disociado sensiblemente los resultados esperados y la experiencia real que esta globalización económica ha creado. Este hecho además, tiene lugar en condiciones en que se está presenciando un inusitado crecimiento en términos de volumen, ritmo y compenetración de las manifestaciones culturales, sociales, imaginarias y, sobre todo, políticas de la globalización. Igualmente, fue común a la mayor parte de esos análisis concebir la globalización como un fenómeno inherente a las transformaciones que tenían lugar entre los países más desarrollados, proceso que sólo a medida que proseguía la senda de su consolidación, terminaba involucrando a las regiones más periféricas, tanto del Este como del Sur. Este es el motivo que explica por qué numerosos autores han interpretado la globalización como una especie de triadización,¹⁴ es decir, como una práctica de creciente interpenetración entre Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Lo que no logra captar la mayor parte de estos análisis consiste en que la globalización intensa que debutó a finales de la década de los sesenta, no sólo involucra de modo más directo a los países en desarrollo, sino que también está dando lugar a un tipo de organización más cercana a la experiencia histórica de las naciones más periféricas que a las ricas y avanzadas. Para decirlo en otras palabras, al intensificarse la globalización, las formas "no modernas" no se encuentran en peores condiciones de subsistir y realizarse que las extremadamente modernas. No está de más recordar al sociólogo Ulrich Beck, quien, en uno de sus más recientes trabajos, argumentaba que en la actualidad las naciones desarrolladas dejaron de marcar el rumbo en el proceso de modernización de los países menos desarrollados, pues

14 Vincenç Navarro, *Globalización económica, poder político y Estado de bienestar*, Madrid, Ariel, 2000.

estos, en varios aspectos, son los que les muestran a los primeros la imagen de su propio futuro. "En el lado positivo, podríamos enumerar características tales como el desarrollo de sociedades multirreligiosas, multiétnicas y multiculturales, los modelos interculturales (...) En el aspecto negativo, podríamos señalar la extensión del sector informal de la economía y la flexibilización del trabajo, la desregulación legal de grandes sectores de la economía y de las relaciones laborales, la pérdida de legitimidad del Estado, el crecimiento del desempleo y del subempleo, la intervención más energética de las corporaciones multinacionales y los elevados índices de violencia y crimen cotidiano."¹⁵

En el fondo, el gran cambio geológico que está experimentando el mundo en la actualidad consiste en que la globalización ha alcanzado unos niveles de intensidad tales que todos los países se encuentran en alto grado compenetrados, incluso aquellos que aparentemente sólo de modo incipiente se han adaptado a estas tendencias. Ello explica por qué muchos de los temas que pueden ser de interés en una región del planeta, en particular, deben analizarse en concordancia con los grandes cambios tectónicos que tienen lugar en el mundo, en su conjunto. Este tipo de profundas transformaciones estructurales, difíciles de observar en la superficie de la vida diaria, ha hecho posible que sobreviniera un cambio cualitativo. En la medida en que se ha intensificado la globalización han aparecido los primeros atisbos que dejan colegir que estamos asistiendo a la emergencia de una sociedad global, de la cual todas las regiones, zonas, localidades e individuos indefectiblemente hacen parte. De ahí que sus temas, problemas y preocupaciones ya no puedan seguirse analizando al margen de las grandes transformaciones que están sacudiendo al mundo en su conjunto. "Una sociedad global que incluye relaciones, procesos y estructuras sociales, económicas, políticas y culturales, aunque operando de manera desigual y contradictoria (...) Pero lo que comienza a predominar, a presentarse como una determinación básica, constitutiva, es la sociedad global, la totalidad en la que poco a poco todo lo demás comienza a parecer parte, segmento, eslabón, momento. Son singularidades o particularidades cuya fisonomía posee al menos un rasgo fundamental, conferido por el todo, por los movimientos de la sociedad civil global."¹⁶

Esta emergente realidad mundial es, sin duda, lo que explica el que ya no podamos seguir analizando las opciones, los problemas y las disyuntivas que se expresan en una realidad regional como si fueran situaciones que pudieran explicarse por sí mismas. Ser parte de una emergente sociedad global conduce indefectiblemente a pensar, imaginar y entender las retroalimentaciones deseadas, conscientes o involuntarias que se producen entre las regiones y localidades con las dinámicas propiamente planetarias.

La globalización, como proceso, es un fenómeno activo y, en ese sentido, se le concibe mejor si se le observa como una dinámica mutante y cambiante. En su ya larga historia, la globalización ha transitado por numerosas etapas y en el presente nos encontramos en medio de un tercer período de su desenvolvimiento. Este período podemos definirlo como de globalización *intensa*, momento de grandes incertidumbres, en tanto que ha sido precisamente durante estos años cuando se reforzó el desarraigo de distintas especialidades con respecto al territorio, se comprimió el tiempo, situación inducida por los sistemas flexibles de acumulación y por la renovación de los medios de comunicación, y porque se comenzó a asistir a inéditas formas de desanclaje de los individuos.¹⁷ Una breve periodización de este intenso ciclo de globalización nos ayudará a aprehender de manera fácil y rápida los sucesivos cambios que han tenido lugar en el mundo durante estos tres decenios.

Este período de intensa globalización, cuyos inicios se remontan a finales de la década de los sesenta, podemos dividirlo esquemáticamente en tres ciclos: el primero constituyó una fase que podemos denominar como la globalización *planetizada*, abarca los años comprendidos entre finales de la década de los sesenta ("mayo del 68") y los iniciales de los setenta (fin de la convertibilidad del dólar y la primera crisis del petróleo) hasta 1989. Definimos este ciclo como planetizado porque aún conservaba un apego por lo territorial, pero, a diferencia de los ciclos anteriores, durante esta fase la globalización se expresa en una dimensión planetaria y también porque se proyectó en nuevas condiciones el predominio de los esquemas tradicionales de ejercicio del poder tanto económico como político. Durante estos años, se asistió en todo el mundo a

15 Ulrich Beck, *La crisis de la sociedad global*, México, Siglo XXI, 2002, pág. 5.

16 Octavio Ianni, *La sociedad global*, México, Siglo XXI, 1998, pág. 23.

17 Véase una explicación más detallada de estos ciclos en Hugo Fazio Vengoa, *La globalización en su historia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

profundos cambios económicos (tercera revolución industrial, posfordismo o acumulación flexible, intensificación de la globalización financiera), políticos (erosión de los referentes de la guerra fría, interdependencia, emergencia de nuevas potencias), sociales (declive de clases tradicionales –obreros, capitalistas industriales y campesinos-, flexibilización laboral, emergencia de nuevos actores sociales y políticos), culturales (advenimiento de referentes culturales mundiales, consolidación de los mercados culturales, erosión de los anteriores mapas cognitivos), mediáticos (intensificación de la renovación de los medios de comunicación) y discursivos (neoliberalismo). Sin embargo, si en ese entonces no hubo una clara toma de conciencia de la radicalidad de los cambios a los que estaba asistiendo el mundo, ello fue el resultado de que este despliegue globalizante encontraba un límite natural en el rígido guión impuesto por la Guerra Fría. Fue, en el fondo, un período de extendida globalización, pero con manifestaciones todavía dispares en los distintos ámbitos y confines del globo. No obstante las diferencias que asumía este formato en las distintas regiones del planeta, fue durante este ciclo, cuando empezó a intensificarse la globalización en la medida en que ese cúmulo de transformaciones comenzó a crear regularidades en las estrategias de cambio en todas partes del mundo.

El segundo ciclo se representa como una globalización *sincronizada*. Su particularidad consiste en que conjuga las heterogéneas tendencias globalizantes anteriores para ubicarlas dentro de un gran movimiento envolvente. Es en ese sentido que afirmamos que esta fase multiplica en nuevas condiciones el despliegue de la globalización. Este ha sido, por tanto, un breve pero fundamental momento histórico que se inició luego de la caída del muro de Berlín y ha perdurado hasta el ataque terrorista contra las Torres Gemelas en Nueva York. Durante esta fase se interioriza y proyecta en nuevas condiciones la dinámica de la fase anterior, con la única diferencia de que estas distintas manifestaciones globalizantes se sincronizan, se retroalimentan mutuamente y adquieren una dimensión propiamente planetaria, en razón de que desaparecieron muchas de las anteriores “fronteras” (v. gr., el mundo socialista) que obstaculizaban la continua expansión de estas tendencias, y se construyeron nuevos emplazamientos.

Por último, con el despuntar del nuevo milenio, se ha presentado un nuevo ciclo que podemos definir como la *colisión* de las globalizaciones. Este representa una coyuntura, en el sentido politológico del término, en la que actualmente nos encontramos. De este ciclo sólo

conocemos su marco cronológico de inicio: el 11 de septiembre del 2001 y permanece aún abierto su momento de finalización.

Desde el día en que se produjo el ataque a las Torres Gemelas al momento actual, se ha asistido a una serie de profundos cambios, los cuales, como tendencia, se han convertido en indicadores que permiten sostener que se está alterando de modo sensible la manera como venía desplegándose la globalización a lo largo de las tres últimas décadas, pero sin llegar a convertirse en una situación como la de los años de entreguerras, cuando se presentó un inédito escenario de desglobalización.

Denominamos este ciclo como colisión de globalizaciones porque las tendencias que venían desplegándose desde los ciclos anteriores se proyectan todavía durante esta fase, pero con tres grandes diferencias. La primera consiste en que se ha fragmentado el movimiento envolvente de la globalización, circunstancia que ha obedecido a que se han intensificado sus manifestaciones no económicas, las cuales no sólo están asumiendo formas de expresión distintas de la económica, sino que también reproducen alcances diferenciados. De otra parte, durante este ciclo, distintos actores han acentuado la tendencia a revertir muchas de las preferencias y predisposiciones anteriores, lo cual se ha traducido en una merma en el número y en la calidad de acciones encaminadas a potenciarla. Por último, se visualiza un cambio paradigmático que está alterando la balanza entre la libertad y la seguridad en favor de esta última. Se observa también la existencia de otros factores los cuales del mismo modo están conduciendo a que aumente la réplica de estas colisiones tectónicas. Cabe recordar que uno de los mayores impactos que tuvo el 11 de septiembre fue el haber contribuido más que cualquier otro acontecimiento de nuestro presente inmediato a que se tomara conciencia de que la globalización constituye un fenómeno que trasciende las fronteras de la circulación económica.

En efecto, si este ciclo constituye el tercer capítulo de este largo movimiento que hemos definido como de globalización intensa es porque durante estas décadas el fenómeno conserva una alta resonancia. Si bien una lectura del tercer ciclo en una perspectiva de corta duración pareciera sugerir que durante esta fase se estaría ingresando en un período nuevo, en el que aparecerían novedosos elementos que aglutinan y convocan, se llega a otro tipo de conclusión, cuando el problema se visualiza desde el ángulo de la *longue durée*, porque, no obstante las disimilitudes, se puede constatar que la calidad de las transformaciones de naturaleza más estructural, sobre las

que se precipita la globalización, es tan profunda y ha tejido unos hilos de compenetración tan finos, que incluso el suplantar la libertad por la seguridad terminará siendo, a la postre, un fenómeno bastante episódico y pasajero. La persistencia de estos elementos de continuidad no debe esconder, sin embargo, las novedades de las que este ciclo se hace portador. Desde el debut del nuevo siglo la intensificación de la globalización se viene realizando de modo diferente a las formas que asumiera durante los ciclos anteriores. Si con anterioridad el incremento era más bien de índole cualitativo y sectorial en la medida en que las manifestaciones económicas se constituyeron en el soporte cohesionador de la globalización en las otras esferas sociales, en los inicios del nuevo siglo la intensificación es cuantitativamente sectorial ya que se ha traducido en un poderoso impulso para que adquieran mayor visibilidad las otras manifestaciones del fenómeno, las cuales antes se encontraban rezagadas con respecto a la economía.

Al tiempo con que se expanden e intensifican estas otras manifestaciones globalizantes, la expresividad económica deja de detentar el monopolio en la determinación de las pautas y la orientación que asume este fenómeno. En la medida en que lo económico ha ido perdiendo su capacidad conductora, la etapa propiamente neoliberal de la globalización parece estar comenzado a quedar atrás porque además de extinguirse su impulso inicial, el ataque terrorista del 2001 acentuó la propensión al riesgo, elemento propio de las sociedades modernas; aumentó las dosis de volatilidad en el mundo, en general, y sobrepujo otros factores a los exclusivamente económicos en la determinación de la globalización vivida o anhelada. "Los logros del neoliberalismo –un gobierno magro y barato– tienden a ser una desventaja en la guerra contra el terrorismo. La precariedad de sus harapientas infraestructuras públicas hizo vulnerable a Estados Unidos en los ataques del 11 de septiembre, la amenaza del ántrax y la seguridad del tráfico aéreo. Ahora ha vuelto el gran gobierno en forma de un enorme Departamento de Seguridad del Territorio Nacional, expansión del ejército y de los servicios de inteligencia, nuevos sistemas de vigilancia, programas de propaganda y apoyo del gobierno federal a las industrias en situación precaria."¹⁸ Esta transmutación en los factores orientadores de la globalización obedece también al hecho de que en

momentos como los actuales cuando un tipo de guerra se convierte en un elemento definidor de la política mundial, se agudizan en todos los ambientes las diferencias que existen entre la globalización y la contienda que libra la actual potencia global. Entre los cambios de mayor envergadura que se pueden observar, se destaca el hecho de que si la globalización se venía realizando durante los dos ciclos anteriores dentro de los marcos de una impetuosa desterritorialización, proceso que, como señala Anthony Giddens, se produce porque en las condiciones de la modernidad, el lugar se vuelve crecientemente fantasmagórico, es decir, los aspectos sociales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales muy distantes, que se generan a distancias de ellos;¹⁹ a partir del 11 de septiembre, los distintos agentes procuran reterritorializar tanto sus acciones como su poder, lo que se ha traducido en un decisivo golpe al neoliberalismo.

Esta disociación entre globalización y neoliberalismo no debe interpretarse como un repliegue de la primera o, como ha sostenido el globófobo John Gray,²⁰ que la globalización ha llegado a su fin. Lo que simplemente está ocurriendo es que la anterior convergencia, que llevó a muchos a pensar que globalización y neoliberalismo eran conceptos prácticamente sinónimos, ha comenzado a desdibujarse y que la expansión de estas tendencias proseguirá de manera más desordenada o dentro de otros referentes.

Este repliegue del neoliberalismo, de la anterior modalidad de globalización económica y, de suyo también, de la pasada pretensión de configurar el armazón de las relaciones internacionales a partir de las compenetraciones económicas tiene lugar en un contexto en el cual un nuevo común denominador ha entrado a participar: el movimiento se produce en una constelación en la que entran a actuar elementos que apuntan hacia una nueva forma de globalización de la política, uno de cuyos más importantes indicadores lo encontramos en el redimensionamiento del Estado.

Pero este reposicionamiento del Estado, así como las nuevas demandas que pesan sobre él, no deben interpretarse como un debilitamiento, sino como un fortalecimiento de la globalización. El 11 de septiembre se convirtió en un punto de inflexión en el desenvolvimiento

18 Jean Nederveen Pieterse, "Imperio neoliberal", en *El País*, 14 de enero del 2003.

19 Anthony Giddens, *Las consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1999, pág. 30.

20 Véase, John Micklethwait y Adrian Wooldridge, "From Sarajevo to September 11", en *Policy Review*, No. 119, 2003.

de la globalización, ya que incluso aquellos ámbitos que eran percibidos como monopolios del Estado y que, por tanto, se encontraban al margen de las tendencias centrífugas de la globalización, también entraron en una dinámica de compleja atractividad.

Durante toda la época de la Guerra Fría y los primeros años de los noventa, los conflictos y las situaciones de inseguridad económica y financiera podían contenerse dentro de las fronteras nacionales y/o regionales en las que estas situaciones tenían lugar. Con el 11 de septiembre la inseguridad llegó a los mismos países desarrollados y, como tal, demostró que algunos conflictos ya no pueden seguir confinándose dentro de las fronteras regionales, porque por su naturaleza son globales y requieren respuestas de la misma envergadura.

Pero esta recuperación del papel del Estado no deja de plantear serios problemas, porque su regeneración tiene lugar en un momento de intensa globalización, lo que sugiere que es cada vez más improbable imaginar que se organice y estabilice el mundo sobre la base de un simple juego interestatal. La globalización exacerba el tránsito de una lógica de bolas de billar que chocan entre sí, a una de flujos que se entremezclan. De ahí surge la idea de que la gobernabilidad mundial que subtiende toda fórmula de regulación mundial ya no sea reducible a un canon exclusivo de los Estados. Cuando se habla de gobernabilidad no se está aludiendo sólo a los gobiernos. La gobernabilidad remite fundamentalmente a la idea de que las elecciones y las decisiones pasen cada vez más por juegos de transacciones entre actores de diferente naturaleza más que por una lógica jerárquica en la que un actor -el Estado- dictaría sus conductas a los otros. Esta es la razón de por qué la idea de la gobernabilidad excluye la perspectiva de un super Estado macro regional o mundial.²¹

Pero lo más importante es, como lo sugiere Beck, que no nos referimos al Estado en su acepción tradicional y menos aún al legendario Estado nación. "El interés nacional de los Estados los fuerza a desnacionalizarse y a transnacionalizarse, es decir, a renunciar a la soberanía para resolver sus problemas nacionales en un mundo globalizado". Como precisa el sociólogo alemán, la revalorización del Estado no significa el resurgimiento del Estado nacional sino de los *Estados transnacionales*

cooperantes.²² Ello, en parte, viene determinado por los mismos acontecimientos que han trastocado la noción misma de seguridad. En un mundo que se globaliza, el atentado a las Torres demuestra que se requiere el apoyo de todo el mundo para afianzar la seguridad internacional pero también para hacer factible la seguridad interior. Las fronteras de lo interno y lo externo se han vuelto aún más porosas, porque el mundo es interdependiente y ello exige sellar compromisos de negociación a nivel transnacional para resolver los problemas más acutantes a los que el mundo y todas las colectividades deberán enfrentarse. Todos estos abruptos cambios han entrañado, de esta manera, un vuelco fundamental en la perspectiva que venía pregonando y practicando la expansión de las tendencias globalizantes en los años anteriores. Un rasgo fundamental que se ha acentuado durante este ciclo consiste en el deseo deliberado por parte de grandes actores de intentar conducir la globalización por unos derroteros determinados, con el propósito de contrarrestar efectos considerados como funestos. Durante los dos ciclos anteriores fue común el hecho de que la desregulación y liberalización se tradujeran en una liberación de prácticas que terminaban minando la capacidad misma de varios de los más importantes agentes por asegurar al proceso una direccionalidad deseada.

Otra importante diferencia de este y los anteriores ciclos de globalización se visualiza en el hecho de que se ha producido un gran cambio en las expectativas que ella despierta. Si en términos generales durante el ciclo anterior existía una inclinación por asociar globalización con bienestar, crecimiento y mayor armonía y seguridad en todo el mundo, los ataques del 11 de septiembre se convirtieron en el "Chernobil de la globalización".²³ No es fortuito, por tanto, que en los últimos años haya adquirido cada vez más fuerza la proclividad de muchos por bajarse o dirigir el tren de la globalización, debido a que cada vez aumenta el grupo de los perdedores o de los marginados de la misma. Si esto se ha convertido en una pretensión evidente en el caso de las autoridades de los Estados Unidos cuando intenta introducir nuevos *limes*, una situación similar se está presentando con los movimientos antiglobalización, los cuales después de haber pregonado a los cuatro vientos su propósito de descender del tren de la globalización, en la actualidad comparten la idea de que no es posible

21 Zaki Laïdi, "Etat, politique et mondialisation", en *Studia politica. Roman Political Science Review*, vol. 1, No. 3, 2001.

22 Ulrich Beck, ¿Qué es la globalización?, Barcelona, Paidós, 1998.

23 Ulrich Beck, *El País*, 8 de febrero del 2003.

manifestarse en contra de este proceso, pues la globalización se ha convertido en un fenómeno que entrelaza a todas las sociedades, incluidas las que todavía se mantienen apegadas a posiciones antisistémicas. La observación de la dinámica de la globalización en los inicios del nuevo siglo, en condiciones en que se atomizó el antiguo movimiento envolvente que encontraba en su dimensión económica el nervio central, conduce a un cambio de perspectiva en el análisis de la globalización y demuestra que este fenómeno carece de causalidades últimas y que sus impactos son más bien el producto de determinadas resonancias que producen ciertos acontecimientos, coyunturas y procesos.

Cuando hacemos referencia a que se expresa como resonancia, estamos insistiendo en que la globalización intensa no puede interpretarse en términos de causas y efectos, debido precisamente a los innumerables entrecruzamientos que existen. Zaki Laïdi, al respecto, la examina como "la entrada simbólica del mundo en la intimidad social y cultural de cada sociedad, con los efectos en cadena que esta proximidad, deseada o temida, real o fantasmagórica, entraña en nuestra manera de ver, de comprender, de experimentar el mundo". La globalización no es, por tanto, "una simple cuenta de series estadísticas de comercio e inversión; también es una representación del mundo; es una fenomenología del mundo porque incluye hechos y concepciones que se tiene de ellos, así como la capacidad de estos acontecimientos a encadenarse los unos con los otros, a entrar en resonancia y, en ese aspecto, producir sentido."²⁴

Una vez que hemos identificado las características inmanentes de la intensa globalización actual, tal como lo demuestra la experiencia del mundo en los albores del siglo XXI, podemos intentar dar respuesta al interrogante que formulábamos con anterioridad cuando preguntábamos si las nuevas modalidades de guerra y conflicto permiten sostener que nos encontramos frente a un fenómeno que ha adquirido un alcance global. La principal particularidad al intensificarse la globalización consiste en que produce numerosos entrecruzamientos entre una gama tan amplia de variables que éstas ya no pueden explicarse en términos de causalidad (exposición de causas y efectos), razón por la cual se deben establecer enlaces diferenciados entre los distintos elementos. Un análisis en términos de resonancia sugiere que por más que podamos establecer a

ciencia cierta las causas de los conflictos, de éstas no podemos inferir las consecuencias de los mismos, así como de los resultados tampoco podemos extraer las motivaciones que dieron lugar a esas guerras. En condiciones de intensa globalización no pueden existir explicaciones definitivas o en última instancia. A lo sumo se puede intentar establecer un orden jerárquico de ellas y deducir la lógica de la resonancia entre los distintos elementos.

El término de guerra global puede utilizarse, incluso con reservas, porque se inscribe dentro de la etapa internacionalizada de la globalización, sólo en relación con tres acontecimientos que establecieron un claro nexo entre globalización y guerra. El primero de estos acontecimientos fue el conflicto bélico conocido como "la Gran Guerra" (1914-1918).²⁵ Entre las numerosas contiendas que habían sacudido el mundo en el transcurso de los últimos siglos, ninguna anterior se asemejaba a ésta. Todas, incluida la guerra de los Treinta Años, habían sido conflictos localizados, se desarrollaban en sus zonas de influencia inmediata, en el radio de acción de los medios bélicos entonces existentes. La Primera Guerra Mundial tuvo su epicentro en el Viejo Continente, pero con la disputa por el control de las rutas marítimas, envolvió a regiones distantes, incluso la zona costera atlántica de América del Sur. Fue una guerra en la que participaron todas las grandes potencias, la mayor parte de los Estados se alineó en uno de los bandos y no fueron pocos los países extraeuropeos que enviaron soldados a participar en los escenarios de conflicto.

Más allá de sus nefastas consecuencias, esta guerra exacerbó el nacionalismo, desató las pasiones imperialistas y, en razón de la fusión entre la política y la economía, propia del imperialismo, tensionó la repartición del mundo en esferas de influencia. Esta asociación entre política y economía, fenómeno que siempre ha estado en el trasfondo del desarrollo de la globalización, se convirtió en uno de los detonantes principales. En ese sentido, no sería equivocado decir que esta guerra fue una expresión de la manera como en ese entonces se expresaba la globalización (territorializada), en la que se enmarcaba la necesidad que para los países centrales representaba la repartición del mundo en zonas de influencia, para poder seguir así participando de las tendencias globalizantes desde una posición autocentrada. En su esencia fue un evento que se inscribió en la lógica de desarrollo de la

24 Laïdi Zaki, "La mondialisation comme phénoménologie du monde", en *Projet*, No. 262, verano, 2000.

25 Marc Ferro, *La Gran Guerra*, Madrid, Alianza, 1980.

globalización política en tanto que procuró ser una respuesta a los desajustes que en el ámbito político y militar existían entre las potencias reinantes, intentó dirimir las tensiones que se presentaban a nivel del control de los circuitos económicos y buscaba, además, conservar la centralidad del Estado como actor conductor de la vida internacional en condiciones en que las nuevas fuerzas económicas estaban empezando a romper ese monopolio. El otro acontecimiento fue la Segunda Guerra Mundial, evento bisagra que, al tiempo que implicó una profundización de las tendencias desglobalizantes a que había dado lugar el anterior conflicto bélico mundial, ya que aceleró al máximo el fraccionamiento entre los países en competencias territorializadas, supuso igualmente un importante cambio de perspectiva. Con las alianzas políticas y militares que se crearon en medio del conflicto y con la conciencia que se alcanzó en torno a la necesidad de dar inicio a un ordenamiento mundial que previniera tal tipo de situaciones, se crearon las condiciones para el avance hacia una nueva forma de mundialización. En buena medida esta toma de conciencia estuvo motivada por el hecho de que durante el conflicto se produjeron grandes pérdidas humanas y de activos de capital existente y que dada la capacidad destructiva efectiva era necesario prevenir la repetición de tales de situaciones. A diferencia del anterior conflicto mundial, el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial fue estimulado por el contexto de desglobalización a que había llegado el mundo en la década de los años treinta, pero en su desenlace aportó soluciones para revertir dicha tendencia. Entre estas encontramos, además, la creación de organismos políticos y económicos multilaterales –la ONU, el GATT, el FMI, el Banco Mundial, etc.– y las condiciones que se crearon para impulsar el crecimiento económico y, en general, el desarrollo en un contexto de elevada interdependencia. Estas guerras, que en su desenvolvimiento tuvieron un alcance planetario, fueron fenómenos que se mantuvieron apegados a una lógica de tipo mundial, más que propiamente global, en la medida en que los factores que las impulsaron, la manera como se condujeron y los objetivos que se trazaban seguían inscritos en una dimensión territorial, aun cuando a nivel de los imaginarios se les identificaba como conflictos inéditos y globales, en cuanto a su naturaleza y capacidad destructora.

El único conflicto que se ajusta más al concepto de global fue la Guerra Fría, que dio origen a la emergencia de un vector (el eje Este-Oeste), estructurador de las relaciones internacionales, regulado con base en la disuisión nuclear y en la carrera armamentista, al cual se supeditaban o a

través del cual se expresaba prácticamente la totalidad de los conflictos e intereses internacionales. Durante esa época, las otras fuentes de rivalidad o conflicto (como el quiebre Norte-Sur) quedaron eclipsadas o terminaron reproduciéndose dentro de la lógica política que se derivaba de la Guerra Fría.

La Guerra Fría puede considerarse también como una forma particular de globalización política. Además de reproducir un eje en torno al cual se expresan todas las situaciones y conflictos a escala nacional (en la mayor parte de los países las divisiones políticas se correspondían con el referente izquierda-derecha, socialismo-capitalismo, pro soviético y pro norteamericano), regional (OTAN contra el Pacto de Varsovia), internacional (Este-Oeste) y mundial (competición intersistémica), y de sobreponer dos referentes ideológicos (el mundo libre y el socialismo en la versión soviética), las superpotencias desarrollaron actividades y mantuvieron una presencia constante a lo largo y ancho de todo el planeta. “La Guerra Fría constituyó un sistema único de relaciones de poder globales que, paradójicamente, dividía al mundo en campos rivales y al mismo tiempo lo unificaban dentro de un orden militar mundial estratégicamente interconectado.”²⁶ La Guerra Fría introdujo igualmente nuevos procedimientos a través de los cuales se expresaba la hegemonía por parte de una de estas superpotencias, los Estados Unidos. Mientras la Unión Soviética “defendía una concepción clásica, territorial y político militar del poderío, Estados Unidos desplegaba una capacidad desterritorializada, sistémica, alimentada de relaciones informales que daban origen a un juego de redes.”²⁷ Es decir, la potencia americana disponía de hilos más finos para seguir manteniendo su control una vez que la bipolaridad entrara a su ocaso y para adaptarse a las redes de interpenetración política, social, económica, simbólica y cultural a que daba lugar la intensificación de las tendencias globalizantes. Fuera de estos acontecimientos, las otras formas de conflicto más recientes difícilmente pueden inscribirse dentro de una perspectiva global. La guerra contra el terrorismo internacional, por ejemplo, sólo frugalmente puede catalogarse como dentro de este grupo. Luego de los sucesos del 11 de septiembre, el gobierno de George Bush declaró su guerra global contra el terrorismo. En un

26 David Held, *Transformaciones globales. Política, economía y cultura*, México, Oxford University Press, 2002, pág. 88.

27 Marie-Claude Smouth, *Les nouvelles relations internationales. Pratiques et théories*, París, Presses de Science Po, 1998, págs. 48-49.

comienzo se pensó en la validez conceptual de este tipo de guerra en cuanto a que se estaba encarando a un grupo armado transnacional (v. gr. los *muyahidín*). Entre estos, sin duda, el más importante ha sido el grupo *Al Qaeda* (término, por supuesto globalizado en su misma esencia, puesto que significa banco de datos y alude a los cientos de personas cuyos nombres quedaron inscritos en la lista porque asistieron a los campos de entrenamiento de Osama Bin Laden). Esta organización ha reclutado a su gente en Arabia Saudita, Yemen, Argelia, Marruecos, Iraq y Libia, etc., también recurre a los modernos medios de transporte, se aprovecha de las redes financieras transnacionales, utiliza ampliamente los modernos medios de comunicación y se propone como objetivo la creación de grupos transnacionales que defiendan y justifiquen sus actos y pregonen sus ideas.

Un análisis más minucioso del problema deja ver que si bien *Al Qaeda* demostró una gran capacidad para infligir grandes daños y traumatismo, ocasionar un elevado número de muertes y mantener en vilo a los dirigentes de la nación más poderosa del planeta, tanto en esa como en otras acciones que se le atribuyen, el terrorismo como amenaza planetaria sólo existe de manera incipiente. Como señala Sartorius "lo que subsiste son múltiples fenómenos terroristas en diferentes partes del planeta que obedecen a causas distintas, con historias diferentes y que, en la mayoría de los casos, no tienen nada que ver unos con otros. No es lo mismo *Al Qaeda* que la guerrilla colombiana; ETA, que el ejército 'moro' de Filipinas; las acciones de *Hamás* que los actos terroristas en Chechenia, Argelia o Cachemira. No existe un centro mundial del terrorismo que coordine todos estos foros de violencia (...) El drama es que al actual gobierno de EE.UU. no le interesan estas matizaciones, porque donde no aparece una amenaza global no se justifica un poder mundial."²⁸ Incluso en los países musulmanes, región del planeta donde existe un abigarrado número de movimientos que permanentemente recurren a la violencia, muchos de los cuales han sido declarados como terroristas por la Casa Blanca y más recientemente por parte de la Unión Europea; estas organizaciones han sido moldeadas por particularidades nacionales y la mayor parte de las veces defienden determinados intereses nacionales. Una rápida mirada panorámica así lo demuestra. En un comienzo estas organizaciones tuvieron como objetivo la creación de una

comunidad musulmana transnacional. Pero ante el fracaso experimentado para alcanzar ese objetivo se convirtieron en movimientos que buscan un reconocimiento como actores legítimos a nivel nacional. Entre estos encontramos el *Hamás* palestino, el movimiento *Islah* en Yemen, el *Hezbolá* libanés, etc. El único movimiento que no responde a esos criterios es *Al Qaeda* que representa un nuevo tipo de neofundamentalismo, ideológicamente conservador y que se encuentra desvinculado de la política y de las estrategias de los Estados.²⁹

Los vasos comunicantes de estos movimientos con la globalización no son, por tanto, tan sólidos como se pudiera pensar a primera vista. La denuncia de su condición global es parte de un discurso de ciertas élites políticas que ven en ello una coartada que justifica la inclinación de la balanza hacia los temas de seguridad, y establece nuevos *limes*, pero sobre todo para limitar o redireccionar la globalización en el ámbito político y de las relaciones internacionales.

En este sentido, sería más adecuado sostener que, en condiciones de intensa globalización, los conflictos tienden a adquirir un *perfil globalizante*, sin que por su naturaleza sean eventos que induzcan a que se acelere e intensifique la globalización, es decir, son guerras, cuyas motivaciones originales se encuentran localizadas, pero que se robustecen en los intersticios de la globalización, amplificando sus retroalimentaciones y repercusiones, tanto a nivel espacial como temporal. Este perfil globalizante se apoya igualmente en el hecho de que la intensificación de la globalización, tal como se expresa en la actualidad, ya no se fundamenta en torno a una mayor homogeneidad y compactación mundial, sino en una mayor afirmación de las identidades particulares. La mayor culturización de la vida en las sociedades modernas demuestra que mientras más abstracto se vuelve el poder de los flujos globales, de capital, tecnología e información, "más concretamente se afirma la experiencia compartida en el territorio, en la historia, en la lengua, en la religión y, también, en la etnia. El poder de la identidad no desaparece en la era de la información, sino que se refuerza (...) Un mundo interdependiente y multicultural es un mundo de identidades comunicables o es un mundo en pie de guerra."³⁰

28 Nicolás Sartorius, "Sobre la guerra y el terrorismo", en *El País*, 19 de septiembre del 2002.

29 Olivier Roy, *Las ilusiones del 11 de septiembre. El debate estratégico frente al terrorismo*, México, FCE, 2003.

30 Manuel Castells, "El poder de la identidad", en *El País*, 18 de febrero del 2003.

El perfil globalizante toma cuerpo precisamente en el hecho de que, en condiciones como las actuales, la globalización asume como una de sus principales particularidades el ser una dinámica que ante todo prioriza lo local mezclado con lo global, más que como ocurría hasta hace poco, la intensificación de las tendencias homogenizadoras globales que subsumían lo local. Por ello, hoy por hoy, la dinámica globalizante se refuerza en la misma localidad.

La dimensión de lo global, en estos casos, no opera ni como un propósito ni como un procedimiento deliberado ni se sustenta en una dimensión planetarizada. Son conflictos, cuyo radio de acción se amplifica a través de las resonancias que externalizan o que interiorizan, las cuales se generan dentro de las distintas espacialidades globalizantes.

La respuesta al ataque terrorista del 11 de septiembre del 2001 y la intervención militar en Iraq sirven de ilustración de esta doble dinámica. El primero por la actitud globalizante que asumió el Gobierno norteamericano para enfrentar la amenaza y por la disonante resonancia que ha engendrado la toma de conciencia de la globalización de los temas de seguridad. Dominique Moïsi resume este dilema en los siguientes términos: "Durante la presidencia de Bill Clinton, los estadounidenses deseaban salvar al mundo, aunque de mala gana. Con Bush, pretenden protegerse del mundo o incluso retirarse de él."³¹

El segundo, por el contrario, no tanto por el arsenal argumentativo que impulsó a Washington a librarse esta guerra, sino por la resonancia en términos de consecuencias. Si los efectos llegan a ser controlados, lo que seguramente no sucederá, esta invasión será un fenómeno pasajero, ya que no será otra cosa que un accidente que prolonga tendencias mayores. Pero si sus consecuencias se muestran impredecibles en los resultados, entonces puede convertirse en un acontecimiento fundacional que libera energías incontrolables, incluso para la potencia más poderosa del planeta. En un escenario tal, se intensificará la colisión de globalizaciones y se seguirá profundizando el ciclo globalizante en el cual nos encontramos.

En síntesis, tal como se desprende de la lógica que ha asumido la globalización en el transcurso de los últimos años, el fundamento explicativo de la misma se localiza en el concepto de resonancia. Una perspectiva de análisis en términos de resonancia comporta una gran sutileza porque

integra tanto las relaciones directas como las fantasmagóricas, las presentes como las ausentes. En ese sentido, alude al conjunto de redes, flujos, intersticios y espacialidades de los cuales se nutren y en los que también se realizan los conflictos. La resonancia es la condición primigenia de la naciente sociedad global, la cual, a diferencia de las organizaciones nacionales, ya no se concibe a partir de un determinado aparato estatal que la cohesioná y le impone unos determinados límites. La resonancia sincroniza las relaciones, incluidas las que se producen entre ausentes. En otras palabras, si la resonancia se ha constituido en la principal condición de existencia de la globalización y constituye un circuito a través del cual se realiza la mayor parte de los conflictos que actualmente sacuden al mundo, cualquier intento de resolución de los mismos exige encontrar una salida en términos de resonancia, incluidos los que responden a condicionantes más endógenos como puede ser el colombiano.

En este caso particular, lo cual también es válido para los demás países latinoamericanos, el reconocimiento de las oportunidades y desafíos que plantea la resonancia vuelve más urgente la necesidad de comprender que la región ha empezado a ser una parte constitutiva de la sociedad global y que debe mirar hacia el futuro, renunciando a muchas de las viejas y estrechas herencias. Como señala Jorge Castañeda "pocas regiones del mundo como América Latina poseen intereses objetivos tan coincidentes con la construcción de una nueva normatividad internacional rigurosa, amplia y precisa. En materia ambiental, de derechos indígenas o migrantes, de derechos humanos o de comercio internacional, de defensa de la democracia o de los derechos laborales, las naciones de América Latina tienen más que ganar y menos que perder que casi cualquier otra región del mundo de la creación de un régimen de valores universales –por definición, supranacionales- en esta materia. Pero al mismo tiempo pocas zonas del mundo manifiestan tanto apego y respeto por una serie de tradiciones y principios hoy en día contrapuestos al proyecto universalista anteriormente mencionado. La no-intervención, la defensa irrestricta de la soberanía, la renuencia ante cualquier cesión consentida pero explícita de soberanía, un enfático nacionalismo retórico e ideológico, la reticencia a asumir responsabilidades "injerencistas" son constantes en las posturas de la inmensa mayoría de los gobiernos latinoamericanos."³²

31 Dominique Moïsi, "La verdadera crisis del Atlántico", en *Foreign Affairs* en español, otoño-invierno del 2001.

32 Jorge Castañeda, "América Latina ante una disyuntiva desgarradora", en *El País*, 13 de marzo del 2003.

Bibliografía:

- Barber, Benjamín, "Lo que EE.UU. ha aprendido y lo que no", en *El País*, 7 de septiembre del 2002.
- Beck, Ulrich, *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Beck, Ulrich, "El silencio de las palabras", en *El País*, 16 de diciembre del 2001.
- Beck, Ulrich, *La crisis de la sociedad global*, México, Siglo XXI, 2002.
- Beck, Ulrich, *El País*, 8 de febrero del 2003.
- Castañeda, Jorge, "América Latina ante una disyuntiva desgarradora", en *El País*, 13 de marzo del 2003.
- Castells, Manuel, "El poder de la identidad", en *El País*, 18 de febrero del 2003.
- Fazio Vengoa, Hugo, *La globalización en su historia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Ferro, Marc, *La Gran Guerra*, Madrid, Alianza, 1980.
- Giddens, Anthony, *Las consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1999.
- Held, David, *Democracia y orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Held, David, *Transformaciones globales. Política, economía y cultura*, México, Oxford University Press, 2002.
- Ianni, Octavio, *La sociedad global*, México, Siglo XXI, 1998.
- Ignatieff, Michel, *El honor del guerrero*, Barcelona, Tusquets, 1998.
- Kaldor, Mary, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001.
- La Valle, Raniero, "Un nuovo pacifismo", en *La Rivista del Manifesto*, No. 29, junio del 2002.
- Laïdi, Zaki, "Etat, politique et mondialisation", en *Studia politica. Roman Political Science Review*, vol. 1, No. 2, 2001.
- Laïdi, Zaki, "La mondialisation comme phénoménologie du monde", en *Projet*, No. 262, verano, 2000.
- Mann, Michael, *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza Universidad, Tomo 2, 1997.
- Micklethwait, John y Wooldridge, Adrian, "From Sarajevo to September 11", en *Policy Review*, No. 119, 2003.
- Moïsi, Dominique, "La verdadera crisis del Atlántico", en *Foreign Affairs* en español, otoño-invierno del 2001.
- Navarro, Vincenç, *Globalización económica, poder político y Estado de bienestar*, Madrid, Ariel, 2000.
- Nederveen Pieterse, Jean, "Imperio neoliberal", en *El País*, 14 de enero del 2003.
- Nye, Joseph S., "La privatización de la guerra", en *El País*, 29 de enero del 2003.
- Ramonet, Ignacio, "Le nouveau visage du monde", en *Le Monde diplomatique*, París, diciembre del 2001.
- Reinares, Fernando, "Objetivo: el mundo entero", en *El País*, 1 de junio del 2003.
- Roy, Olivier, *Las ilusiones del 11 de septiembre. El debate estratégico frente al terrorismo*, México, FCE, 2003.
- Sartorius, Nicolás, "Sobre la guerra y el terrorismo", en *El País*, 19 de septiembre del 2002.
- Serra i Serra, Narcís, "La militarización de la política exterior de Bush", en *El País*, 7 de abril del 2003.
- Smouth, Marie-Claude, *Les nouvelles relations internationales. Pratiques et théories*, Paris, Presses de Science Po, 1998.
- Tomlinson, John, *Globalización and culture*, Cambridge, Polity Press, 1999.